Primera edición: junio 2016

© Derechos de edición reservados.
Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com
Colección Novela
Edición: Editorial Círculo Rojo
Maquetación: © Santiago Casanova
Fotografía de cubierta: © Fotolia.com
Diseño de portada: © Silvia Martínez

Producido por: Editorial Círculo Rojo.
ISBN: 978-84-9126-971-7
DEPÓSITO LEGAL: AL 960-2016

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados. Editorial Círculo Rojo no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.
«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

DESPUÉS DE LA PRIMAVERA

SANTIAGO CASANOVA

ÍNDICE

La elección de Marek Cerny	7
Las cartas de Jaromir Suchy	24
La desaparición de Pavel Piroska	36
La equivocación de Miroslav Dusek	51
La vida aparente de Tomas Tomaček	69
El complot de Kovac	84
La torpeza de Jan Nemec	101
La Ventana de Vavrinec Cizek	116
El secreto admirador de la señora Lišková	134

LA ELECCIÓN DE MAREK CERNY

El sonido del despertador se mezclaba con los sueños de Marek, inundando con su persistente campanilleo la imagen de la señora Lišková persiguiéndole en ropa interior, moviendo sus estupendos cincuenta años con la agilidad de una grácil adolescente por las escaleras de la pensión para reclamarle el pago de la mensualidad que le adeuda y él queriendo correr como el gran Zatopek pero los pies no le respondían. El tintineo del despertador, por fin, se impuso a la nebulosa ensoñación para recordarle que eran las siete de la mañana. Al abrir los ojos se difuminaron para siempre los voluptuosos senos de la señora Lišková, cuyo turbador efecto aún permanecía en el inconsciente de Marek en forma de matutina erección. Levántate, Marek Cerny, que comienza un nuevo día. Un lunes cualquiera de una semana cualquiera. Bueno, lo único positivo en un insustancial día del mes de agosto es que aún quedaban más de cinco semanas para que el frío llegara otra vez. Las contraventanas

dejaban que el veraniego sol, todavía débil a esa hora de la mañana, se filtrara en mil rayos oblicuos que se retorcían en ángulos rectos o convexos por el suelo y las paredes, haciéndose luz fosforescente al chocar contra el espejo del lavabo. Junto al armario, la silla con la camisa blanca y el pantalón gris del uniforme estirados cuidadosamente y la gorra reglamentaria depositada sobre el asiento. Si no se daba prisa, llegaría tarde otra vez y dos retrasos en el mismo mes suponen una penalización salarial que ya no se podía permitir, además de soportar los gritos del señor Postulka con su pestilente halitosis de cebolla podrida. Los diez minutos que tardaba en recorrer, a paso ligero, la distancia que separaba la pensión de la estación de autobuses eran su mejor aval para no ser impuntual, pero casi todos los días le costaba más arrancar su pequeño motor mental que el del autobús que debía conducir durante las siguientes ocho horas. Otra jornada más de un trabajo rutinario y monótono, cuatro viajes de ida desde Holesovice hasta Olsanske Hrbitovy completados con cuatro viajes de vuelta desde Olsanske Hrbitovy a Holesovice, con las mismas caras a las mismas horas, día tras día, rostros de ciudadanos anónimos que tienen la repetida manía de ocupar siempre los mismos asientos, como si fueran de su propiedad, y que

dan los buenos días con afable cordialidad, con indiferencia o con mal humor si el autobús llega a su parada algún minuto por encima de la hora prevista y le amenazan con denunciarle al supervisor por su demora. Si se vestía en un minuto, podría tomar una taza de café caliente en el comedor de la pensión. La señora Lišková ya habrá desplegado su intendencia matinal para que todos los huéspedes puedan desayunar antes de ir a sus trabajos y el viejo señor Latka, el huésped más antiguo, ya estará dando buena cuenta de los rohlik untados con mantequilla, comiendo a escondidas más de lo que le corresponde y protestando por algo, lo que le fuera, lo que le pillara más a mano. Ahora le hacía gracia recordar que había soñado con la señora Lišková unos minutos antes. Entonces notó que su erección seguía ahí, resistente, ofensiva, desafiante, insinuando que no tenía ninguna intención de sosegarse. Por qué no se podría controlar con un mecanismo cerebral de subida y bajada, con unas poleas impulsadas por la mente para que aquello bajase cuando tenía que bajar, nunca antes de tiempo, y subiera en el momento preciso en que era necesario que subiese. A buen seguro, esa tensión desaparecería al aliviar la carga de orín que había acumulado durante la noche, por lo que se dispuso a evacuar, con las dificultades propias

de tener tensionados los conductos, el contenido de la vejiga hasta notar que quedaba vacía. Sin embargo, pasados unos segundos, nada cambiaba. Así no podía vestirse y salir de la habitación. Si fuera invierno la gabardina le protegería, pero no iba a ponerse una prenda de abrigo en pleno mes de agosto, le tomarán por loco, la policía le parará en la calle para registrarle y averiguar si oculta algo bajo la indumentaria, le llevarán a la comisaría para sonsacarle la verdad de sus oscuras intenciones con un arsenal de preguntas confusas que busquen sus contradicciones en el relato de los hechos y nadie creería el absurdo motivo por el cual caminaba bajo el sol como si fuera un día de lluvia. Decidió acercarse al lavabo y que un chorro de agua fría pusiese fin a esa situación que ya empezaba a incomodarle, que ahora no necesitaba y que le hacía sentirse ridículo. Un rugir de tuberías oxidadas anunció la llegada del caudal y del grifo tembloroso comenzó a manar un chorrito que fue rebotando contra sus manos mientras se salpicaba la entrepierna, notando el frescor en el abdomen y las gotas que resbalaban por los muslos. El resultado no era efectivo. Pensó que debía ser un aviso de emergencia porque hacía casi un año que no tenía un encuentro sexual y los trabajos realizados en solitario no debían ser suficiente remedio. Quizás un trabajito rápido

sería lo más eficaz. Aún tenía el regusto del sueño con la señora Lišková, sus firmes y excesivas carnes sostenidas por un neglillé rojo, de un rojo como el fuego por encima de la piel blanca, limpia, suave, bamboleándose mientras subía los escalones persiguiéndole, los pechos como los flanes cuando tiemblan al ser volcados en un plato. Según iba recordando, añadía elementos de su propia cosecha que no estaban en el sueño y la señora Lišková le daba alcance justo cuando él llegaba al último escalón, agarrándole por un tobillo, ella despanzurrada ya por los peldaños, le hacía caer al suelo y se le venía encima susurrándole que aún debía un mes de alquiler y que, si el señor Cerny no se portaba bien con ella, tendría que denunciarle a la policía y entonces iba a tener pensión gratis durante una buena temporada, pero en esa pensión gratuita compartiría habitación con gente muy mala, así que sería mejor que, si el señor Cerny no podía pagarle, le dejara a ella cobrarse la deuda como quisiera. Y ya tenía los senos inmensos rozando sus mejillas, las piernas de la señora Lišková entrelazándose con las suyas, los labios exhalando calor sobre los suyos y pidiéndole que le dejara a ella manejar la palanca de cambios del autobús, toda para ella, que acelerase, señor Cerny, pise fuerte el acelerador. Entonces el lavabo se llenó

con decenas de gotitas de marfil salpicadas sobre la porcelana blanca y la imagen carnosa de la señora Lišková se fue diluyendo lentamente. Marek se miró en el espejo, las mejillas sonrojadas por la intensidad vivida, las aletas de la nariz resoplando con fuerza, y sonriendo a su propia imagen pensó que no era una mala forma de comenzar el día. Bajó la vista y ahí seguía el peso de la erección sobre su mano derecha, indiferente a lo ocurrido, pertinaz y obstinada en mantenerse firme en su propósito de desafiar todas las leyes de la anatomía. El reloj indicaba que eran las siete y veinte, por lo que le quedaban sólo diez minutos para llegar a la estación de autobuses. Quizás en un minuto le viniese la relajación, después del esfuerzo que acababa de hacer la cosa no podía seguir así mucho más tiempo. Se puso los calzoncillos, después los calcetines, se enfundó los pantalones y al subir la bragueta el bulto se le antojaba enorme, como si llevase oculto un cucurucho de helado. Si salía corriendo de la habitación, bajaba las escaleras a toda velocidad y atravesaba corriendo el pasillo de salida de la pensión, ningún otro huésped repararía en lo que le pasaba. Además, la carrera vertiginosa por las calles hasta llegar a la estación de autobuses sería el arma perfecta y definitiva para conseguir que la erección se disipara. Las veces que se despertaba

muy tarde y se veía obligado a correr para llegar puntual, el trayecto no le llevaba más de cinco minutos. Abrió la puerta, a derecha e izquierda no había nadie, enfiló las escaleras y bajó los peldaños saltándose dos por cada uno que pisaba, a riesgo de tropezar y caer rodando, hasta llegar al final y estar frente al pasillo de salida. En la mitad del camino que le quedaba por recorrer, a la derecha la puerta de la cocina estaba cerrada, a la izquierda la puerta del comedor estaba abierta y se escuchaba al joven estudiante de Bratislava recriminándole al señor Latka que se había comido cinco rohlik y que iba a dejar sin nada a los demás huéspedes. Un último sprint y estaría en la calle. Entonces la señora Lišková apareció en el pasillo con una bandeja repleta de tazas vacías y restos de fruta, llenando todo el espacio que Marek quería atravesar como un relámpago. El choque fue inevitable. Todo el contenido de la bandeja voló por el aire esparciéndose sobre la alfombra del pasillo como un archipiélago de islotes en el mar. La señora Lišková cayó de espaldas y Marek aplastó sus carnes en un contundente placaje de rugby, notó que su barbilla se amortiguaba contra el pecho mullido como una almohada. Señor Cerny, ¿qué demonios hace usted? Disculpas tartamudas, un trozo de piel de naranja se le había metido en la boca, lo escupe

con precipitación contra la cara de ella, la gorra torcida y la visera golpeando como un pájaro pica piedra sobre la barbilla de la señora Lišková, la mano derecha de Marek había aterrizado sin querer sobre el inabarcable seno izquierdo y lo agarraba con fuerza, sintiendo el calor de estufa que emanaba de ese pedazo de humanidad. Entonces el bulto que sobre salía en su entrepierna fue evidente, palpable, oprimiendo los muslos de la mujer que se mostraban desnudos al habérsele remangado la falda en la caída. Señor Cerny, ¿qué le pasa? Me está usted asustando. Y los ojos de la señora Lišková se iban directos a aquella protuberancia obscena que parecía observarla cual ojo de cíclope. Apareció el joven estudiante de Bratislava para socorrer a los accidentados y, al ver la escena, sacó conclusiones demasiado precipitadas sobre lo que estaba pasando y creyó que evitaba males mayores si le atizaba un bandejazo en la cabeza al señor Cerny. Al recuperar la consciencia, Marek estaba tumbado en una camilla de una salita de curas de urgencia del Hospital Ferroviario y una joven enfermera le vendaba la cabeza. El golpe fue en la sien izquierda y, además de haberle dejado fuera de combate durante más de media hora, le había hecho una herida a la que tuvieron que aplicarle cuatro puntos de sutura. La enfermera le miró de

pies a cabeza y desde la cabeza volvió a echar un vistazo en dirección contraria hasta que se detuvo a la altura de la bragueta. Marek alzó la cabeza, mareado, y prologando la mirada a lo largo de su cuerpo se encontró con el montículo que coronaba su entrepierna. La enfermera sonrió con malicia y diagnosticó que lo que ahora le pasaba debía ser consecuencia de haberse quedado dormido pero en unos minutos se le pasaría. Guiñó un ojo para certificar el diagnóstico y le dio tres toquecitos con el rollo de esparadrapo sobre la protuberancia. Cómo podía estar todavía así. Era increíble. Mejor no mirar a la enfermera, no prestar atención a la sedosa bata blanca que dejaba adivinar unas formas delgadas y, en ese instante, tan al alcance de la mano. No era el mejor modo de sosegar la pulsión eréctil y poderse ir a trabajar. Pero, ¿qué hora era ya? Las ocho y media. Horrible, un retraso más, el señor Postulka estaría chillando como un loco por toda la estación mientras se las componía para convencer a alguno de los conductores del turno nocturno del domingo para que siguiera haciendo la ruta hasta que apareciera Cerny. Al menos esta vez tenía una excusa sólida. Las evidentes señales del accidente estaban a la vista y en el Hospital le harían un informe que le serviría como justificante. La enfermera cerró el vendaje y le confirmó que estaba en condiciones